

Revista chilena de historia social popular

REVUELTAS

SANTIAGO, CHILE | NÚCLEO DE HISTORIA SOCIAL POPULAR
AÑO 06 | NÚMERO 11 | JUNIO 2025 | ISSN 2452-5707

REFLEXIONES

Esas cuestiones sin importancia. Reconstrucción del pasado reciente a partir de testimonios y con perspectiva feminista

*Those unimportant questions. reconstructing the recent past
from testimonies and with a feminist perspective*

Tamara Vidaurrezaga Aránguiz

Escuela de Sociedad, Política
y Comunicaciones,
Universidad Academia de
Humanismo Cristiano
Santiago de Chile, Chile

tamara.vidaurrezaga@uacademia.cl

 [0000-0002-3787-9552](https://orcid.org/0000-0002-3787-9552)

Recibido: 12 de febrero 2024

Aceptado: 19 de junio 2024

Este trabajo es resultado del
Di-UFRO DI23-0036 y del FIIC-
UAHC 02.01.2021.

Resumen: En este texto reflexiono sobre las posibilidades de investigar el pasado reciente desde una perspectiva de género y feminista, basada en mi trabajo con testimonios de mujeres. Este enfoque exige cuestionar la historia hegemónica, reconociendo cómo las narrativas atienden a la situacionalidad de género de quienes las relatan. Además, implica desplazar la atención desde lo público hacia lo privado e íntimo, espacios donde también se generan y reproducen desigualdades. Estudiar estas dinámicas nos permite comprender de manera más integral y crítica las experiencias vividas, visibilizando disputas de poder frecuentemente ignorada

Palabras clave: testimonio; perspectiva de género; pasado reciente; mujeres en política.

Abstract: In this text, I reflect on the possibilities of researching the recent past from a gendered and feminist perspective, based on my work with women's testimonies. This approach requires challenging hegemonic history by recognizing how narratives reflect the gendered experiences of those who share them. It also involves shifting the focus from public events to the overlooked realms of the private and intimate, where inequalities are generated and reproduced. Studying these dynamics provides tools for a more comprehensive and critical understanding of lived experiences, bringing to light power struggles that are often ignored.

Keywords: testimony; gender perspective; recent past; women in politics.

Se puede vivir para contarlos. Y si no lo contamos, es como si no hubiera ocurrido. Narrar las propias experiencias, implica a la vez reelaborarlas y transmitir las. Ofrendarlas a la memoria colectiva y permitir que esos relatos personales se unan a la gran madeja de nuestra(s) historia(s), siempre plural.

En este texto, propongo una reflexión acerca de las posibilidades de investigar acerca del pasado reciente, en clave de género y feminista, a partir de mi experiencia trabajando con sujetos con trayectorias políticas del Cono Sur Latinoamericano, y con miras a la reconstrucción de una historia más compleja, que atienda a esas cuestiones personales y cotidianas invisibilizadas y/o confinadas a un lugar secundario.

Lo anterior, a partir del trabajo de campo realizado durante más de veinte años, en los que he recogido testimonios de personas con disposición a relatar sus vidas, buscando reconstruir y comprender el pasado reciente del cono sur latinoamericano. Mayormente, hombres y mujeres vinculadas a las militancias de la Nueva Izquierda Revolucionaria MIR en Chile y del Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros MLN-T, en Uruguay; descendientes de estas militancias, así como de Montoneros y PRT-ERP en Argentina; y de mujeres que vivieron la represión política durante la dictadura chilena pinochetista (1973-1990). Específicamente, este texto es resultado de la reflexión metodológica a partir de dos investigaciones en las que me pregunto sobre el aporte del trabajo con emociones en el análisis de testimonios con los ya había trabajado, asumiendo que -en el caso de quienes pensamos desde la teoría feminista y la perspectiva de género- comprendíamos, incluso antes del llamado “giro emocional”, que para conocer la experiencia de sujetos es imposible separar aquello que ha sido sindicado como perteneciente al espacio público, de lo que entendemos como espacio privado (Amorós, 1994; Pateman, 1996; Rabotnikok, 1998; Fraisse, 2003).

Si bien escribo a partir del análisis de las entrevistas realizadas durante dos décadas, eludo a propósito ejemplificar con citas, labor que realizo habitualmente, con el objetivo de reflexionar de modo global y con mayor pausa respecto de los testimonios recopilados.

La escritura académica, en tiempos neoliberales, ha tomado en Chile un ritmo cada vez más acelerado que -en pocas ocasiones- permite un ejercicio como el que me apresto a realizar, sobre todo cuando no pretende aportar datos nuevos sino analizar retrospectivamente el trabajo realizado desde una perspectiva metodológica y epistemológica.

Cuando señalo la importancia de leer a contrapelo los testimonios, entendidos como narraciones, refiero al término acuñado por Walter Benjamin (1989, p

182) cuando propone la relevancia de una historia crítica que se niegue a servir a los poderosos, idea que vínculo con el uso del enfoque de género, en miras de aportar a una historia cultural y política en clave feminista. Esto último, no solo trata de atender a las palabras de las mujeres¹, atendiendo al lugar situado desde el que narran y asumiendo que sus relatos han tenido menos escucha en la historia oficial; sino también -entre otras cuestiones- requiere trasladar el foco de atención desde aquello que fue categorizado como memorable y político, sucedido siempre en el espacio público; hasta aquellas cuestiones cotidianas y personales para las que tomo prestado el concepto “cuestiones sin importancia”, propuesto irónicamente por el filósofo argentino Nicolás Casullo (2007, p. 365) para referirse críticamente a esos lugares que los proyectos revolucionarios de los largos sesenta desatendieron. Así refiero a esas experiencias sobre las que olvidamos preguntar o invisibilizamos al seleccionar las citas, abandonándolas en el tintero, como si fueran adornos prescindibles de los relatos escuchados, episodios que pueden recortarse por no referir a los temas trascendentales que nos convocan a investigar, sobre todo al reconstruir las memorias de procesos políticos.

Lo personal, aquello que sucede en lo privado y cotidianamente como la familia, los afectos y emociones, la sexualidad y el cuerpo, los deseos, son cuestiones escasamente consultadas, ya sea porque no resultan relevantes para quien investiga, porque creemos que no lo son para quienes recibirán nuestro trabajo, o puesto que asumimos, sin preguntar, que incomodará a quien nos brinda su testimonio. En cualquiera de estos casos, hay una parte fundante de las vidas y las experiencias de quienes entrevistamos, que excluimos de los relatos reconstruidos, en una especie de auto censura a priori que dificulta la comprensión integral de lo que fue el pasado reciente.

En los testimonios de militantes y quienes participaron en espacios políticos, esto resulta más evidente, en tanto asumimos que “la historia política” trata

¹ Cuando digo mujeres, asumo que el término es problemático si trabajamos desde la teoría feminista, dado que comprendemos esta categoría como una construcción arbitraria, mandatada y producto de una serie de reiteraciones performáticas, y que -al mismo tiempo- pareciera ser una cuestión evidente a la vista de cualquier persona y que resultaría también de una serie de condiciones que ubican a ciertos cuerpos en posiciones subordinadas y limitantes, por lo que la negación del término tampoco resuelve su complejidad. En mi caso, comprendo mujeres siguiendo la propuesta de teórica feminista británico-australiana Sara Ahmed, como definición que agrupa a todas aquellas que viajan con la etiqueta de mujeres (2018), asumiendo que los mandatos y roles asignados con los que se carga son condicionantes ineludibles, y a la vez permite ingresar sujetos que -sin contar con las características biológicas de un cuerpo de hembra (el supuesto origen de la categoría “mujer”)-, han cargado con la etiqueta de la feminidad en sus trayectorias.

sobre las dinámicas y pugnas de las organizaciones que integraron, los documentos partidarios, los cargos ocupados, los triunfos o derrotas de las estrategias y tácticas proyectadas. Todo remitido al espacio de lo categorizado como público y supuestamente trascendente. Como si en medio de lo señalado no se hubiesen colado sistemáticamente la cotidianidad, los vínculos personales, el cuerpo y el deseo, los afectos y emociones. Y como si estas últimas cuestiones no hubiesen influenciado aquello que luego se instala como los grandes acontecimientos de la vida política.

Me interesa, entonces, preguntarme acerca de las posibilidades que nos otorga indagar en esas “cuestiones sin importancia” o, como dice el intelectual argentino Héctor Schmucler, de modo crítico: esa revolución que mejoraría la vida de la humanidad, transformada en un monstruo -que para conseguir sus nobles fines- olvidó las necesidades de los seres humanos entregados por completo al trabajo de hacerla realidad (1980, p.5). Así, este autor realiza una crítica a esta división liberal que se reprodujo en las organizaciones revolucionarias señalando:

Cuando se habla de politizar las diferentes esferas de la vida social, suele entenderse como la necesidad de introducir la variable ‘política’ en otras actividades que, en sí, no serían políticas. De allí que el predominio de lo político se haya constituido, en la práctica, en una subordinación de las múltiples experiencias por las que pasan los hombres en su existencia a lo político como técnica; lo político como una forma específica de acción al margen de aquellas experiencias (Schmucler, 1980, p.5).

La sospecha de leer a contrapelo

Primeramente, quiero utilizar la noción benjaminiana de pasarle a la historia “el cepillo a contrapelo”, una de las tesis más citadas de su propuesta para una historia crítica (Benjamín, 1989), en la que releva la importancia de reconstruir el pasado sospechando de la versión oficial narrada por los vencedores y que oculta el horror detrás de los triunfos haciéndonos cómplices cuando, en una supuesta neutralidad y limpidez académica, dejamos de situarnos del lado de los oprimidos. Ya en la tesis VI, este autor anticipa las razones por las que convoca a esta acción a quien tiene el trabajo de articular históricamente el pasado, tarea que no significa llegar a conocerlo tal como fue sino “(...) apoderarse de un recuerdo tal como éste relumbra en un instante de peligro” (1989, p.180), un peligro que resulta constante para el sujeto histórico, puesto que ni siquiera “(...) los muertos estarán a salvo del enemigo, si éste vence. Y este enemigo no ha cesado de vencer” (1989, p.181). El enemigo al que refiere este crítico marxista, es siempre la clase dominante, por eso el don de quien trabaja haciendo historia sería “Encender

en el pasado la chispa de la esperanza” (1989, p. 180), a contramano de lo que llama el “historiador historicista”, que empatiza con el vencedor, puesto que quien domine actualmente siempre es heredero de quienes vencieron alguna vez. Así, quien se posiciona desde la crítica del materialismo histórico -indica Benjamin- observa tomando distancia de este pacto entre vencedores de distintas épocas, recordando que todos los bienes culturales deben su existencia no solo a quienes los crearon sino también a la servidumbre anónima de sus congéneres, por los que “No hay documento de cultura que no sea a la vez un documento de barbarie” (1989, p. 182), y su transmisión mantendrá esa barbarie a menos que nos animemos a hacer nuestra la tarea “ (...) de cepillar la historia a contrapelo” (1989, p.181), indica cerrando la tesis VII.

Si bien esta tesis es ampliamente aceptada por la historiografía crítica, se ha transformado en un arma de doble filo, toda vez que la barbarie sea asumida como una característica que solo atañe al enemigo descrito por Benjamin. Tal como señala el historiador argentino Roberto Pittaluga, pasar el cepillo a contrapelo, requiere también observar el espacio de los oprimidos con sospecha, porque en muchos casos esos contra relatos se convierten en “versiones especulares de la historiografía dominante, construyendo otros tantos relatos épicos” (2010, p.3), que erigen un panteón heroico alternativo y conservan la idea de la historia como un progreso constante. Esto, porque hacer historia de los subalternos reproduciendo las formas en que se construye la de los vencedores, debilita “los pilares de la concepción de la historia de la cual Benjamin nos insta a apartarnos (...), mientras se hacen romas las puntas de las afiladas lanzas epistemológico-críticas de las tesis” (Pittaluga, 2010, p. 3).

Así, comulgo con Pittaluga respecto de que estos otros relatos con los que trabajamos -aun siendo de quienes hacen parte de los vencidos- también debieran ser consultados, escritos y leídos a contrapelo, lo que implica renunciar al objetivo de obtener un pelaje lustroso y ordenado desde la vereda opuesta, sino aceptar que el resultado “no es uno sino múltiple. Las relaciones entre pasado y presente deben entonces replantearse, pues su vínculo no es cronológico, ni lineal, ni siquiera necesario” (Pittaluga, 2010, p. 11). Construir relatos heroicos y militantes respecto de quienes han sido catalogados como seres subalternos, utilizando las mismas herramientas con las que se construyen los relatos oficiales, dificulta comprender de manera compleja los procesos sociales e históricos y los individuos puestos en ese lugar. Ello, porque una historia cepillada a contrapelo “es una dimensión de la lucha de los oprimidos, no puede escindirse completamente de ese conflicto; es también ese conflicto” (Pittaluga, 2010, p. 16).

Así, una historia feminista -y por tanto crítica- no solo supone cambiar el foco respecto de los sujetos con quienes trabajamos, o los lugares interrogados,

sino también sospechar de las metodologías y supuestos epistémicos con los que preguntamos, leemos, analizamos y escribimos. Esto, buscando no solo resultados nuevos, sino también procesos que desafíen los métodos instalados como verdad absoluta en el marco de una construcción epistémica patriarcal del conocimiento.

El trabajo con testimonios

Al trabajar con testimonios, resulta fundamental comprender que estas narrativas son reelaboraciones que se hacen desde el presente, por tanto, lo relevado se vincula con lo que la persona que testimonia es en la actualidad, y la selección del pasado que realice y que buscará ser coherente con lo que desea contar sobre sí. Como señala el historiador Alessandro Portelli: “la memoria no es un depósito pasivo de hechos, sino un activo proceso de creación de significados” (1991, p.5), por lo que las fuentes orales más que tener como objetivo preservar el pasado, evidencian los cambios y elaboraciones realizadas por la memoria de quien busca darle un sentido al pasado, colocando la narración en un contexto histórico, por lo que la historia oral diría menos sobre los acontecimientos que sobre cómo estos son interpretados en el momento de la entrevista por una persona en particular (Portelli, 1991, p. 4).

Tal como señala el historiador y sociólogo austriaco Michael Pollak, al contar nuestras vidas “intentamos establecer cierta coherencia por medio de lazos lógicos entre acontecimientos clave (que aparecen entonces de una forma cada vez más solidificada y estereotipada), y de una continuidad, resultante de la ordenación cronológica. A través de ese trabajo de reconstrucción de sí mismo, el individuo tiende a definir su lugar social y sus relaciones con los demás” (2006, p.30). El relato recrea, así, la experiencia a través de recuerdos, interpretando el pasado desde un presente que le otorga un nuevo sentido (Kaufman, 2014, p. 104), encontrándose desfasado temporalmente de los sucesos que narra, como bien apunta la socióloga argentina Alejandra Oberti, quien señala que son un “acto a través del cual se muestra la actualidad del pasado en el presente” (2006, p.7).

Al reconstruir el pasado a través del análisis de testimonios, es relevante comprender aquello que indica el historiador francés Henry Rousso, respecto de que la memoria es esa parte del pasado que sigue viviendo en nosotros, por tanto, implica segmentos que serán borrados mediante el olvido, ya que “recordar es siempre, en mayor o menor medida, olvidar algo; es desplazar la mirada retrospectiva y recomponer, así, un paisaje distinto del pasado” (2002, p.88). Por tanto, la memoria elaborada a través de testimonios no es el recuerdo literal traído desde el pasado, sino la reconstrucción de ese pretérito desde un presente

en el que algunos recuerdos sobrevivieron y otros fueron olvidados. Estos olvidos pueden ser definitivos o momentáneos, por ejemplo, adquiriendo formas de silencios que implican la sobrevivencia de evocaciones dolorosas esperando el momento propicio para ser expresadas (Pollak, 2006, p. 22), silencios necesarios por ejemplo por temor o protección a sí mismo u otros.

El testimonio es siempre subjetivo y evidencia la especificidad de quien narra desde un tiempo con condiciones concretas de decibilidad y escucha, y respecto de un periodo particular, apareciendo “el sujeto como testigo singular” (Kaufman, 2014, p. 103), y permitiendo conocer aquello que otras personas a su alrededor -y en la misma situación- no rememoran. A la vez, nos obliga a escuchar, puesto que se trata de la experiencia de quien narra, lo que nos interpela directamente. El testimonio demanda una reacción, cuestión en la que estaría basada su potencia (Beverly, 2012, p. 104), puesto que -como indica la historiadora estadounidense Joan Scott- cuando la prueba ofrecida es la experiencia “se refuerza todavía más al derecho a la referencialidad: después de todo, ¿qué podría ser más cierto que la propia afirmación de un sujeto sobre lo que ha vivido?” (1999, p.82).

Este dispositivo permite transmitir la experiencia desde quien la vivió u observó, hacia quienes no estaban ahí. Por tanto, sujetos ajenos a ese momento o circunstancia, nuevas generaciones, o quien tenga disposición a escuchar, pueden adquirir la experiencia de quien testimonia, pudiendo esta última amplificarse, como señala la socióloga argentina Elizabeth Jelin, ya que la “experiencia humana incorpora vivencias propias, pero también otras que le han sido transmitidas. El pasado entonces puede condensarse o expandirse, según cómo esas experiencias pasadas sean incorporadas” (2002, p. 13).

Este sería uno de los requisitos de la experiencia completa a la que refiere Benjamin, y que este intelectual bautiza como *Erfahrung* para distinguirla de la *Erlebniz*, siendo esta última aquella experiencia que -a pesar de haberse vivido- no logra transmitirse y por tanto estaría incompleta (2008, p.p. 45 - 48). La experiencia en su cabalidad, o sea la *Erfahrung*, residiría en la conjunción de tres variables: un sujeto narrador autorizado, o sea quien tenga algo relevante que transmitir; la disposición de ese sujeto de transmitir la experiencia; y la disposición de una audiencia a escucharle (Benjamin, 2008, pp. 45-48).

En la transmisión de la experiencia el lenguaje es un requisito, en tanto los procesos de subjetivación son posibles mediante esta herramienta de aprehensión e internalización del mundo. Así, la narración producida en el trabajo con testimonios resulta de vital importancia, dado que posibilita alcanzar los tres elementos que conforman la experiencia completa benjaminiana: sujeto con autoridad para narrar, disposición a la narración y disponibilidad a la escucha, al

menos por parte de quien toma el testimonio. En el contexto de las entrevistas sostenidas, los testimonios han posibilitado a quienes sobrevivieron a la represión del terrorismo de Estado en el pasado reciente, ubicarse como nuevas autoridades de la narración. Sujetos con razones suficientes para ejercer el acto de narrar y convocar a un público dispuesto a escuchar sus relatos.

Sin embargo, y aun cuando existan sujetos autorizados por su experiencia para la narración, no siempre se cumplen los otros dos requisitos propuestos por el teórico judío alemán. Quienes vivieron experiencias difíciles en el pasado, pueden optar por aquello que Pollak denomina el largo silencio (2006, p. 20), o el olvido intencional como estrategia para seguir viviendo, como relata sobre sí mismo el escritor y sobreviviente español Jorge Semprún en su libro *La escritura o la Vida* (1995, p. 109). Y al mismo tiempo, la escucha social no siempre está disponible para prestar oído a quien testimonia.

Sobre el derecho al silencio o incluso al olvido, es fundamental comprender que la memoria, más aun la que refiere al propio dolor, no puede imponerse como un deber, y menos a las víctimas. Los silencios y omisiones son también un derecho cuando referimos al trabajo de rememorar a través de testimonios, una decisión de quien resguarda esos recuerdos, o la única salida cuando éstos son traumáticos o se contraponen a intereses dominantes.

Así, la memoria, más que una obligación individual, es requerida a nivel colectivo como estrategia pedagógica que nos permita reflexionar colectivamente respecto de lo que hicimos como sociedad en el pasado, incluso si aquello no nos asegura la posibilidad de reiterar los mismos abusos en el futuro. O sea, la búsqueda de la memoria ejemplar a la que alude el crítico búlgaro-francés Tzvetan Todorov, quien señala que la memoria es abusiva cuando es utilizada para comprender el mal que me han infringido, pero no aquel que yo he perpetrado o podría causar a otras personas (2000, p. 19.). No hay deber, entonces, porque éste puede significar repeticiones abusivas -más que elaboraciones-, al anclar la memoria en el pasado, como sucede con la banalización o la sacralización², cuestiones que -siendo diferentes- tienen en común una memoria que no tiene más fin que el pasado mismo (2000, p. 14).

Aun teniendo sujetos narradores autorizados, ello no es suficiente para que el traspaso de la experiencia se complete. En el caso de las sobrevivientes a la represión política en Chile, una constante del primer periodo -por ejemplo- fue

² Con banalización Todorov se refiere a comparar situaciones como si todo fuera igual sin reparar en las especificidades, mientras con sacralización refiere a esa memoria intocable que permanece pétrea y sin posibilidad de crítica, ambas serían ejemplos de abusos de la memoria.

evitar la pregunta respecto de tortura genérico sexual (2020, p. 32) en tanto se asumió que relatar estas experiencias sería incómodo para ellas, aplicando así un velo de silencio a cuestiones que fueron emergiendo posteriormente. En algunos casos, fueron ellas quienes efectivamente se negaron a hablar. En otros, quizás los más, la dificultad no estuvo en la disposición a narrar, sino más bien en la capacidad de escucha. Así, quienes obtuvieron estos primeros testimonios, asumieron que, si el tema no apareció de modo espontáneo en los relatos, fue por un “pudor natural” de las mujeres, aunque a posteriori han reconocido que la pregunta no fue realizada por el propio pudor en tanto entrevistadores (Garretón, 2005, p. 52).

Ya en los 2000, este mismo pudor se reiteró en la recolección de testimonios realizada para el Informe de Prisión Política y Tortura, conocido como Informe Valech, a pesar de lo que -de las primeras 3.399 entrevistas realizadas a mujeres- casi todas señalaron espontáneamente “haber sido objeto de violencia sexual sin distinción de edades y 316 dijeron haber sido violadas”, por lo que se estima que los casos de violaciones son mucho más altos (2005, p. 53). ¿Qué información tendríamos si la pregunta se hubiera realizado entonces y la escucha hubiera estado disponible? Este ejemplo evidencia que en ocasiones la ausencia de algunos temas no se debe tanto a lo enmudecidas que estarían quienes testimonian, sino a la ausencia de preguntas por parte de quienes realizamos las entrevistas, autocensurándonos con la excusa de no incomodar a quien brinda el testimonio, aunque podría deberse al propio malestar ante ciertos temas, como el de la violencia genérico sexual en períodos represivos.

Al mismo tiempo, la escucha social tiene periodos en los que se habilitan colectivamente ciertos temas, y otros en los que se omiten u obvian. Así, existen momentos propicios que permiten que algunos de esos olvidos salgan de las sombras, marcos sociales (2004, p. 12) que posibilitan o dificultan la emergencia de olvidos, memorias subterráneas o traumáticas que afloran cuando el contexto social habilita las condiciones para que ello ocurra.

Las preguntas que hacemos, entonces, resultan fundamentales en el trabajo con testimonios obtenidos directamente, así como el propio silencio tras la emisión de respuestas, ese que permite dejar de bombardear a quien está narrando, posibilitándole referirse a aquello que desea y/o necesita decir. Esa pausa que habilita y da libertad para moverse dentro de la propia reelaboración del propio pasado hacia lugares que aparecen necesarios de iluminar o visitar a través de la oralidad y que quien entrevista no necesariamente ha podido detectar.

Si bien en general tomamos testimonio guiándonos por una pauta previamente realizada, la flexibilidad y empatía de quien entrevista, posibilita una es-

cucha dialógica, y la emergencia de temas que no estaban en nuestros planes y que pueden conducirnos a lugares insospechados en las investigaciones, si es que somos lo suficientemente flexibles y sabemos escuchar. Por esto, siempre el resultado final de la entrevista es producto de una relación entre quien narra y quien investiga, dado que es un proyecto común en el que ambas personas participan, aunque no siempre sea de manera armoniosa (Portelli, 1991, p. 6).

La situacionalidad de género

Cuando nos referimos al trabajo de reconstrucción y reflexión respecto del pasado reciente, a través de testimonios de mujeres, es relevante acercarse a estos atendiendo a la posición genérico sexual en la que son producidos. Las preguntas, los temas, las lecturas e interpretaciones respecto del pasado, no son generados neutralmente, sino ubicados en una situación dada por mandatos socioculturales, y asumida o resistida por quienes vivieron la experiencia y luego la narran.

Comprender que las memorias no son neutras, sino enmarcadas en un sistema de género específico, resulta fundamental para trabajar con testimonios, particularmente de mujeres. Ello, porque mujeres y hombres tuvieron experiencias diferentes a partir de mandatos generizados -acatados, resistidos o transgredidos- que a su vez construyeron subjetividades atravesadas por este marco social. Al mismo tiempo, -y dados los mandatos y socializaciones que hombres y mujeres enfrentamos en una sociedad y cultura marcada por esta desigualdad transversal- también es probable que unos y otras desarrollen habilidades o pongan atención en cuestiones diferentes respecto de sus propios relatos de vida (Jelin, 2013, p. 12).

Esto resulta interesante si -como ya señalamos- realizar una investigación con perspectiva de género y feminista, no implica trabajar solo a partir de testimonios femeninos, si no también trasladar el foco de atención desde aquellos temas aceptados como relevantes del mundo de lo público, hacia aquellas “cuestiones sin importancia” que continúan olvidándose en las reconstrucciones históricas. Los testimonios no serán necesaria ni radicalmente diferentes a fuentes como un documento partidario, o una publicación de prensa de la época, si la entrevista no atiende a aquellas materias rezagadas por parecer menores. Por ejemplo, trasladando la atención desde las tareas militantes o públicas propiamente tales, para iluminar otras zonas de lo privado: ¿cómo se vivían en las cotidianidades estas militancias de compromiso total? ¿Qué implicaba ese compromiso para las emociones, las relaciones familiares y de pareja? ¿Qué deseos se encontraban en pugna cuando una disciplina estricta posibilitaba también sobrevivir? ¿Cómo se

enfrentó el fin de las militancias omnipresentes y la vida “después de” para quienes decidieron dedicar sus vidas a las orgánicas que integraron?

Para realizar este movimiento me ha resultado útil trabajar con testimonios femeninos, puesto que las mujeres han estado menos presentes en los relatos hegemónicos de la historia en general, y de las organizaciones políticas en particular; y porque -como indicó Beatriz Sarlo (2005, p. 249)- al narrar la vida cotidiana, las mujeres parecen resultar más competentes para referirse al espacio privado por el rol que han jugado en el sistema sexo género hegemónico. Jelin (2013) señala que la socialización de género implica también prestar mayor atención a ciertos campos sociales y culturales que a otros, y vincular las identidades más a ciertas actividades que a otras, lo que explica por qué es esperable que, en las prácticas del recuerdo y las narrativas de memorias, las mujeres rememoren los eventos con mayor detalle, expresen más sus sentimientos y hagan más referencias a lo íntimo y las relaciones interpersonales que los varones, tendiendo a: “(...) recordar la vida cotidiana, la situación económica de la familia, lo que se suponía que debían hacer en cada momento del día, lo que ocurría en sus barrios y comunidades, sus miedos y sentimientos de inseguridad (...) porque el tiempo subjetivo de las mujeres está organizado y ligado a los hechos reproductivos y a los vínculos afectivos” (Jelin, 2013, p. 13). Esta constatación empírica nos lleva a una nueva pregunta: ¿recuerdan más estas cuestiones o tienen mayores permisos para hablar sobre ello? ¿O ambas alternativas se entrecruzan y potencian?

Para Jelin, los testimonios femeninos se encuentran más cerca de lo que esta autora llama memorias habituales, a diferencia de las de los hombres, que se vincularían más con las memorias narrativas, o sea aquellas que se consideran memorables (2002, p. 3). La diferencia entre lo habitual y lo narrativo sería que el momento rutinario se hace memorable, alterando el instante al que se le busca un sentido, señala esta argentina, indicando que el acontecimiento memorable toma una forma narrativa convirtiéndose en un relato comunicable (2002, p. 14), por lo que propone como desafío convertir lo habitual en memorable, y con ello incorporar lo habitual en la memoria de hombres y mujeres. Por supuesto, esta clasificación no es una regla, dado que no deviene de la naturaleza de los individuos, sino de características personales, de los roles que les ha tocado jugar, y los mandatos que bien pueden acatarse, pero también transgredirse o ser resistidos. Por esto, es posible que -con preguntas adecuadas- varones narren sobre experiencias vividas en espacios privados, y que mujeres elaboren relatos centrados solo en lo público.

Al mismo tiempo, la lectura en clave de género de cualquier fuente documental o testimonial, tal como señala la ensayista argentina Sylvia Molloy, es una manera de desestabilizar las definiciones de lo que se espera de un varón y una

mujer, (re)leyendo el “texto cultural” a partir de esta perspectiva crítica, no sólo rescatando textos olvidados o mal leídos, sino con la intencionalidad de producir fisuras en las lecturas establecidas, que permitan realizar una aproximación novedosa al tema en cuestión (2000, pp. 161-167). Así, una perspectiva de género y feminista no solo trata de encontrar otros textos, por ejemplo, haciendo preguntas en las entrevistas que atiendan a las cuestiones de las memorias habituales, si no también revisitar los mismos textos -por ejemplo, documentos oficiales- buscando el modo en que las narraciones se constituyen en tecnologías, mediante qué mecanismos operan y qué representaciones de género proponen, indica esta autora (2000, pp. 161 - 167).

Como dijimos, el pasado se construye siempre desde el presente y habrá tantas reconstrucciones como intenciones de futuro existan en la actualidad. Por tanto, al hacer una lectura con perspectiva de género de testimonios que dan cuenta de una época en la que este concepto no estaba completamente conformado o asumido, lo que hacemos es una reconstrucción de ese pasado a la luz de preguntas nuevas. La pregunta en clave de género -realizada desde el presente- alumbró ese pasado y da nuevos sentidos y preguntas en un presente en que las desigualdades sexo genéricas continúan patentes, y con miras a transformar un futuro que construyamos colectivamente a partir de la comprensión crítica de ese pretérito.

Revisitar críticamente la participación de las mujeres en acontecimientos históricos, requiere también despojarse de esencialismos que solo apuntan a relegarnos a lugares comunes, desatendiendo la noción del género como construcción intencionada y política que busca mantener la desigualdad, y asumiendo que es resultado de una naturaleza contra la que nada podemos hacer. Las mujeres, siempre en plural entonces, no son per se de un modo particular ni lo fueron antes. Fugarse de categorías dicotómicas y esencialistas en las que -como colectivo homogéneo- ocupamos el lugar de lo noble, lo amoroso, lo sororo, es también una tarea necesaria en las investigaciones feministas para ser coherentes con la crítica que estamos realizando a la historia hegemónica y patriarcal.

Aprender a escuchar con respeto y empatía, requiere a la vez partir de la sospecha constante incluso ante las propias certezas, interpelar respecto de aquellas cuestiones que podemos no querer escuchar o pueden no querer contarnos. Porque quienes hemos trabajado recogiendo testimonios respecto de espacios femeninos, sabemos que ni estos ni las mujeres han estado plagados de virtudes, sino también de miserias humanas, lo que no debería sorprendernos en tanto somos parte de la humanidad con sus amplias tonalidades de grises. No escuchar, y sobre todo no preguntar por aquellas cuestiones “incómodas”, o relevando solo aquellos momentos en los que la “especificidad de género” da cátedra de buena

conducta, redundante en una complicidad con categorías rígidas que no aportan a una comprensión más compleja del mundo que habitamos, y las desigualdades de poder que lo organizan.

Por lo mismo, ubicar a las mujeres en el lugar de la victimización histórica constante, también resulta miope respecto de las vidas reales que por ejemplo tuvieron las sobrevivientes de la represión política, antes y después de los momentos traumáticos. O -incluso- en el momento mismo de las represiones más duras, cuando encontramos relatos de resistencias que merece la pena atender no en clave heroica, sino para comprender las posibilidades humanas en los momentos de mayor miseria. Tal como señala el teórico alemán Andreas Huysen, cuando las memorias se estancan solo en el trauma se dificulta un discurso articulador, puesto que “reducir la memoria al trauma (...) limitaría de manera indebida nuestra comprensión de lo que es la memoria, imprimiéndole demasiado exclusivamente el carácter de dolor, sufrimiento y pérdida. La memoria es más que una cárcel de un pasado infeliz” (2000, p.16-18).

Si bien es innegable la calidad de víctimas de quienes vivieron la represión política en el pasado reciente, este es un lugar circunstancial, que no eligieron, como lúcidamente indica el catalán Ricard Vinyes (2009), y no puede usarse para establecer jerarquías de autoridad respecto de otros, dado que -como indicó el escritor judío italiano Primo Levi- el paso por los campos de concentración no ennoblece a sus víctimas (Levy, 2011). En cambio, sí se eligen las estrategias de resistencia, entendiendo por esta categoría no solo aquellos actos heroicos y épicos, sino también esas cotidianas, constantes y que permitieron a comunidades amplias enfrentar las dictaduras recientes del cono sur con dignidad (Vinyes, 2009).

Dejar de relegar a las mujeres al lugar unívoco de víctimas pasivas, resulta fundamental al revisar sus relatos, puesto que históricamente hemos sido confinadas a esta posición como si no hubiésemos protestado con éxito por causas de otros o nuestras, como bien llama la atención la epistemóloga feminista Sandra Harding (1987, p.18). Por ello, y tal como señala la filósofa chilena Olga Grau, es “necesario (...) abrir la memoria de las mujeres al habla social no sólo de aquella vinculada al dolor, sino también a las estrategias de placer vividas en un contexto de miedos y pérdidas” (200, p. 43). En medio de las pérdidas dolorosas, y de las acciones épicas, y en el caso de los testimonios con los que he trabajado, hubo cotidianidades en las que estas mujeres vivieron como seres humanos comunes, enamorándose y desenamorándose; tomando decisiones respecto de cómo asumir sus maternazgos; riéndose o llorando con las amistades; celebrando fiestas y retornando a la vida luego de experiencias que buscaron despojarlas de sus dignidades.

Desarmar la dicotomía habitual/memorable

La recolección, lectura, y análisis de testimonios con una perspectiva de género y feminista, permitiría trasladar el foco de atención desde aquellos hechos sucedidos en el espacio de lo público, entendido como “lo memorable”, (Jelin, 2002) hacia esos lugares desatendidos, por no parecer relevantes para las cuestiones trascendentes de la sociedad.

La jerarquización de estas categorías reproduce el binarismo dicotómico liberal-patriarcal, que asume que estas dos esferas no solo son diferentes sino desiguales, la misma que ha confinado a las mujeres al espacio privado, que sería no político y el lugar de las idénticas, y ubicando a los varones al espacio público, donde emergen las individualidades y sucede lo político y relevante socialmente (Amorós, 1994).

Así, resulta importante -cuando trabajamos con testimonios- entender que lo personal, lo privado, la vida cotidiana, la familia, el cuerpo y las emociones, son cuestiones relevantes de atender al acercarse a las experiencias de quienes tienen trayectorias políticas. Ello permite comprender cómo las “cuestiones sin importancia” fueron parte nodal del pasado, determinando también las decisiones y quehaceres, y cuyo conocimiento permite vislumbrar de manera integral y más compleja las experiencias vividas en contextos históricos específicos.

Así, existe una doble subterrneidad en las memorias, ante la que los testimonios -con perspectiva de género y feminista- plantean un aporte. De un lado la visibilidad de estos relatos, y con ellos los lugares que las mujeres ocuparon en el pasado reciente. De otra, aquellas cuestiones de lo privado que emanan de las memorias habituales, incluso en vidas donde la emergencia era una constante, como fue en la militancia revolucionaria del pasado reciente en el cono sur latinoamericano. Porque, aunque estos relatos permanezcan subterráneos, están ahí, en estado de latencia, posibles de ser interrogados, escuchados, y transmitidos a la sociedad, podrían habilitar, como señalan Oberti y Pittaluga, para pensar nuevos vínculos “entre lo público y lo privado, lo personal y lo político; por medio de un movimiento que inscribe lo general en lo particular, lo político en lo privado” (2006, p. 91), siendo herramientas que no buscan “arrancar del olvido a las mujeres que participaron de estas experiencias, para colocarlas en un panteón junto a los héroes, sino que recuperan los gestos más sutiles, aquellos más difícilmente representables” (2006, p. 91). Para ello, la reelaboración de memoria a partir de la aproximación biográfica hacia quien testimonia, es especialmente útil porque rompe la dicotomía liberal-patriarcal acerca de la escisión entre lo público y lo privado, entre lo colectivo y lo individual (Vidaurrazaga, 2019), y serviría para mediar entre la historia individual y la historia social (Correa, 1999, p. 40).

El búlgaro francés Tzvetan Todorov analizó los comportamientos de personas puestas en situaciones límites, como los campos de concentración durante la Segunda Guerra Mundial, planteando que -en estos momentos fronterizos, en los que se empuja a la deshumanización-, surgen a modo de resistencia dos tipos de virtudes: las heroicas y las cotidianas. Mientras las primeras -que según el autor aparecen de modo más recurrente en los relatos de varones- tienen por meta una abstracción; en cambio las segundas -más regulares en los testimonios de mujeres- tienen como objetivo hacer el bien a un sujeto o sujetos particulares y cercanos (Todorov, 2009, p.18).

Así, las virtudes heroicas son acciones que van en ayuda de un otro abstracto y por tanto suceden en pos de un colectivo que no tiene cara ni nombre: el pueblo, la revolución, las grandes mayorías, los niños pobres del mundo. Actos realizados además para el espacio lo público, imaginados para ser rescatados épica-mente en alguna narración de la historia que deje en claro que dicho sacrificio tuvo una finalidad superior a lo entregado (Todorov, 2009, p.16).

Las virtudes cotidianas, en cambio, pueden suceder o no en lo público, pero tienen un motor eminentemente privado: mi responsabilidad con ese otro que quiero, conozco o de quien me compadezco, y que -por tanto- deseo proteger del mal. Estas virtudes, sigue Todorov, no buscan dar un ejemplo ni dejar un legado para la posteridad, no es la épica lo que las impulsa, sino cuestiones más personales, y el sujeto a quien dirijo la acción es una persona individual e identificable y que remite a mi círculo cercano. Las virtudes heroicas son más útiles en tiempos de guerra, mientras las cotidianas lo son en tiempos de paz, sin embargo, las primeras siempre han sido más admiradas, explica Todorov (2009, p.18).

La pregunta sería por cual de estas virtudes interrogamos y ponemos el acento al investigar el pasado reciente. Acotar a las mujeres al lugar de víctimas pasivas resulta tan restringido como reconstruirlas desde la pura heroicidad, lugares extremos, sin grisáceos ni complejidades. Buscar, en cambio, los relatos de esas resistencias cotidianas, ilumina zonas que aportan a una historia más integral sobre estas experiencias, amplía la gama de grisáceos posibles de las tramas humanas.

La potencia de lo cotidiano, como lugar a interrogar para comprender cómo se reelabora el pasado, es que en este lugar confluyen voces diversas, y se producen confrontaciones entre posiciones y generaciones distintas que pueden dialogar y debatir. Lo cotidiano, siguiendo a Certau, es ese espacio en que se producen no solo acatamientos a los sistemas dominantes sino también resistencias, que merecen ser visibilizadas (2000) en tanto evidencian que donde hay poder, siempre habrá resistencias ante el mismo (Foucault, 2007). Desarmar el modelo patriarcal

dicotómico, requiere pensar el pasado refiriéndonos no solo a lo público, sino también aquellas acciones referidas a lo privado en esta categorización simplista, como lugar donde también existen relaciones de poder, y entendiendo que ambos espacios son interdependientes y siempre se encuentran entrelazados.

Reflexiones a modo de cierre

Para atender a la cotidianidad y aquellas “cuestiones sin importancia” ocurridas en el espacio de lo privado, es importante comprender que también allí se dan disputas de poder que reproducen desigualdades, y que esta mirada nos entrega herramientas para observar críticamente, y con posibilidad de realizar propuestas de transformación, puesto que es en lo privado, donde históricamente las mujeres hemos vivido los peores horrores y violencias, a manos de los más cercanos y queridos.

El alcance de las memorias radica en las posibilidades que nos dan para reflexionar respecto de nuestros presentes y debatir acerca del sentido de futuro, puesto que el pasado no puede ser transformado. Esta paradoja significa que lo que podría cambiar es el sentido del pasado sujeto a reinterpretaciones ancladas en la intencionalidad y expectativas del sujeto, expectativas que se vinculan con el futuro y no con el pasado (Ricoeur, 2010).

Como lúcidamente apuntó Benjamin, la historia crítica requiere poner atención en la reposición de lo olvidado para que “nada de lo que alguna vez aconteció puede darse por perdido para la historia” (Benjamin, 1995, p. 49). O como explicita el historiador marxista franco-brasileño Michael Löwy, relejendo las tesis de la historia benjaminianas: “Mientras la historia no se detenga, no podrá decirse la última palabra sobre el pasado” (Löwy, 2004, p. 74).

Esto significa que ante nuevos procesos y coyunturas históricas -o sea ante nuevos marcos sociales de la memoria y transformaciones en la escucha social- pueden producirse modificaciones respecto de qué escuchamos sobre el pasado, cómo lo interpretamos y el modo en el que la re-elaboración de esas experiencias nos entrega antecedentes ejemplares para el futuro (Jelin, 2002, p.13).

Uno de los debates necesarios, respecto de la memoria entendida como herramienta para el futuro, señala el crítico chileno Grínor Rojo, es distinguir entre aquella memoria que busca marmolizar - estanca y que implica dejar de recordar, o sea olvidar de otra manera- y la comprensión de esta como estímulo para la acción presente, o sea la investigación acerca del pasado con miras a reconfigurar el presente en las luchas políticas actuales (2010, pp. 14-15).

Por esto, resulta esencial la comprensión situada y honesta de aquello que nos moviliza a investigar, así como el compromiso con una historia producida a contrapelo -como indica Pittaluga leyendo a Benjamin-, en la que “la dimensión política de la escritura historiográfica se corresponda con el aspecto político del colectivo que la anima y produce” (2010, p.20).

En el contexto del pasado “Mayo feminista” de 2018 y la posterior revuelta social de 2019, en las que masivamente mujeres jóvenes y adultas en Chile, confluieron en torno a luchas históricas del feminismo, como el derecho al aborto, a una vida libre de violencia para las mujeres y la demanda de una educación feminista con miras a transformar radicalmente a la sociedad en la que vivimos; la pregunta es cómo este reciente marco de escucha habilita para hacer nuevas preguntas epistemológicas. El cómo construimos conocimiento también constituye un mecanismo para perpetuar o enfrentarnos ante el poder y la desigualdad, entendiendo que el conocimiento -y la transmisión del mismo mediante la educación-, es también un dispositivo de control social (Foucault, 2003). Mecanismo que, aun siendo pensado para la mantención del status quo, podemos revolucionar para cuestionarlo, resistirnos, subvertirlo.

¿Cómo acercarnos entonces a nuestras investigaciones desde una perspectiva de género y feminista? ¿Cómo encarnar una crítica social, cultural y epistemológica en las metodologías utilizadas, las preguntas que nos movilizan, la forma en que escuchamos, leemos, escribimos y analizamos? Posicionarse desde un lugar determinado, en este caso desde la teoría feminista respecto de las desigualdades de la sociedad y cultura que habitamos, no es sinónimo de perder la crítica, sino que -por el contrario- exige una alerta todavía mayor y sin distinguos.

Porque, tal como señala Pittaluga, no se trata de hacer una tarea espejo de la historia de los vencedores, pero desde el lado de los oprimidos. Pasar el cepillo en el sentido del pelo, es una tarea grata y pacífica, señala el autor, sin embargo, elude “toda la violencia que por ese medio escriturario se consagra, esa catástrofe única y monumental que observa pasmado el ángel benjaminiano. Pasarlo a contrapelo es un trabajo espinoso, capaz de revelar el carácter astillado de la historia” (2010, p.10).

Así, la condescendencia con los nuestros, con las nuestras, nos lleva indefectiblemente a caer en lo mismo que criticamos, perdiendo el sentido de la crítica realizada que termina siendo -entonces- superflua. Un “observador distanciado”, no implica estar alejado cronológicamente del acontecer que atiende, indica el autor argentino, sino que se distancia de la celebración condescendiente del patrimonio en tanto consciente del horror sobre el que se edifica (Pittaluga, 2010, p.7). Y ello incluye la barbarie que existe también en las acciones y colectivos de

quienes han resultado vencedores, incluso si lo que buscamos es reivindicar y visibilizar estos relatos.

La sospecha, resulta siempre un aporte cuando buscamos desarticular modelos hegemónicos, no solo ante lo que criticamos, sino también ante nuestras certezas. Nada hay más conservador que la defensa fundamentalista, acrítica, de las propias ideas. Es ahí cuando la suspicacia siembra una duda que puede ser fructífera, si le permitimos alojarse, ya sea para confirmar nuestras certidumbres o para dar un giro insospechado.

Referencias bibliográficas

- Ahmed, Sara. Vivir una vida feminista. Barcelona: Bellaterra, 2018.
- Amorós, Celia. "Espacio público, espacio privado y definiciones ideológicas de "lo masculino" y "lo femenino"." En Feminismo, igualdad y diferencia, editado por Celia Amorós, 23 - 52. México D.F.: UNAM, PUEG, 1994.
- Bacci, C. y Oberti, A. "Sobre el testimonio: Una introducción necesaria." Clepsidra. Revista Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria 1, no. 1 (2014): 5-13.
- Benjamin, Walter. Discursos interrumpidos 1: Filosofía del arte y de la historia. Prólogo, traducción y notas de Jesús Aguirre. Aguilar: Altea Taurus Alfaguara, 1989. Impresión en Argentina.
- Benjamin, Walter. El Narrador. Santiago: Ediciones Metales Pesados, 2008.
- Beverley, John. "Subalternidad y testimonio". En diálogo con "Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia" de Elizabeth Burgos (con Rigoberta Menchú)." Nueva Sociedad 238 (2012): 102-113.
- Casullo, Nicolás. Las Cuestiones. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2007.
- Certeau, Michel de. La invención de lo cotidiano. México: Cultura Libre, 2000.
- Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura. Informe. 2005. Disponible en <https://bibliotecadigital.indh.cl/handle/123456789/455>
- Correa, Rosario. "La aproximación biográfica como una opción epistemológica, ética y metodológica." Propositiones 29 (1999): 1-9.
- Foucault, Michel. Vigilar y castigar. Argentina: Siglo XXI, 2003.
- Foucault, Michel. Historia de la Sexualidad 1: La voluntad de saber. Argentina: Siglo XXI, 2007.
- Fraisse, Geneviève. Los dos gobiernos: la familia y la ciudad. Madrid, España: Cátedra, 2003.
- Garretón, Roberto. "La defensa de los Derechos Humanos y la agresión sexual a mujeres presas durante la dictadura." En Memorias de ocupación. Violencia sexual contra muje-

- res detenidas durante la dictadura, editado por Fundación Instituto de la Mujer y Corporación Humanas, Santiago: Andros, 2005. Disponible en <http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-544022.html>
- Grau, Octavio. "Lenguajes de la memoria." En *Volver a la memoria*, editado por Ramón Olea y Octavio Grau, Santiago: LOM, 2000.
- Halbwachs, Maurice. *La Memoria colectiva*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004.
- Halbwachs, Maurice. *Los Marcos sociales de la memoria*. Barcelona: Antrophos, 2004.
- Harding, Sandra. "Is there a feminist method?" En *Feminism and Methodology*, editado por Sandra Harding, 1-14. Bloomington-Indianapolis: Indiana University Press, 1987.
- Huyssen, Andreas. "En busca del tiempo futuro", *Revista Puentes*, año 1, número 2 (2000): 12-29.
- Jelin, Elizabeth. *Los trabajos de la memoria*. España: Siglo XXI, 2002.
- Jelin, Elizabeth. "Militantes y combatientes en la historia de las memorias: silencios, denuncias y reivindicaciones." *Meridional. Revista Chilena de Estudios Latinoamericanos* no. 1 (2013): 77-97.
- Kaufman, Sharon. "Violencia y testimonio: Notas sobre subjetividad y los relatos posibles." *Clepsidra. Revista Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria* 1 (2014): 100-113.
- Levy, Primo. *Trilogía de Auschwitz*. Barcelona: Océano/Aleph, 2011.
- Löwy, Michael. *Walter Benjamin. Aviso de incendio*. México: Fondo de Cultura Económica, 2004.
- Molloy, Sylvia. "La "flexión del género" en el texto cultural latinoamericano." *Cuadernos de Literatura* 8, no. 15 (2000): 161-167.
- Oberti, Alejandra, y Roberto Pittaluga. *Memorias en montaje: escrituras de la militancia y pensamientos sobre la historia*. Buenos Aires: El cielo por asalto, 2006.
- Pateman, Carole. *Críticas feministas a la dicotomía público/privado*, Madrid: Paidós, 1996.
- Pittaluga, Roberto. "En torno a los sentidos de "pasarle a la historia el cepillo a contrapelo"." En *III Seminario Internacional Políticas de la Memoria*, Centro Cultural de la Memoria Haroldo Conti, 2010. Disponible en http://conti.derhuman.jus.gov.ar/2010/10/mesa-41/pittaluga_mesa_41.pdf.
- Pollak, Michael. *Memoria, olvido y silencio: La producción social de identidades frente a situaciones límite*. La Plata: Al Margen, 2006.
- Portelli, Alessandro. "Lo que hace diferente a la historia oral." En *La historia oral*, editado por Daniel Schwarstein, Buenos Aires: CEAL, 1991.
- Rabotnikof, Nora. "Privado-público". *Debate Feminista*, año 9, volumen XVIII, México, 1998.

- Ricoeur, Paul. *La memoria, la historia, el olvido*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2010.
- Rojo, Grínor. "Prólogo." En *Recordar para pensar: Memoria para la democracia. La elaboración del pasado reciente en el cono sur*, editado por Fundación Heinrich Böll Cono Sur, Santiago: Ediciones Böll Cono Sur, 2010.
- Rouso, Henry. "El estatuto del olvido." En *¿Por qué recordar?*, Barcelona: Granica, 2002.
- Sarlo, Beatriz. *Tiempo pasado: Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2005.
- Schmucler, Héctor. "Testimonio de los sobrevivientes." *Controversia* 9-10 (1980): 4-6. Disponible en <http://americalee.cedinci.org/wp-content/uploads/2016/08/CONTROVERSIA-9-10.pdf>
- Scott, Joan. "La experiencia como prueba." En *Feminismos literarios*, editado por Nuria Carbonell y Montserrat Torras, Madrid: Arco Libros, 1999.
- Semprún, Jorge. *La escritura o la vida*. Barcelona: Tusquets, 1995.
- Todorov, Tzvetan. *Los abusos de la memoria*. Barcelona: Paidós, 2000.
- Todorov, Tzvetan. *Frente al límite*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2009.
- Todorov, Tzvetan. *Los usos de la memoria*. Santiago: Museo de la Memoria y los Derechos Humanos, 2013. Disponible en https://ww3.museodelamemoria.cl/wp-content/files_mf/1541602168SIGNOS_TODOROV.pdf
- Vidaurrazaga, Tamara. "El No Lugar de la militancia femenina en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR." En *Mujeres y Política en Chile, siglos XIX y XX*, editado por R. Álvarez, A. Gálvez y M. Loyola, 211-254. Santiago: Ariadna Ediciones, 2019.
- Vidaurrazaga, Tamara, María Olga Ruiz y Marisa Ruiz. "Compórtate como una mujer: La tortura genérico-sexual como dispositivo de control dictatorial en Chile y Uruguay." *Revista Clepsidra* (2020): Dossier "Género, violencia y resistencia. Memorias del terrorismo de Estado."
- Vinyes, Ricard. "Memorias, relatos, museos." Panel Iniciativas y proyectos nacionales de Museos de Memoria, Conferencia Internacional Experiencias nacionales e internacionales de Museos de la Memoria, FLACSO Chile, 5-6 de noviembre de 2009. Disponible en http://www.londres38.cl/1934/articles-88390_recurso_1.pdf.